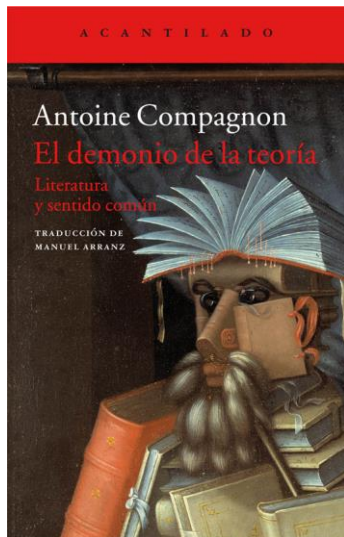

SOBRE *EL DEMONIO DE LA TEORÍA. LITERATURA Y SENTIDO COMÚN*, DE ANTOINE COMPAGNON

Sofía Somoza
Universidad de Buenos Aires
somozasofia@gmail.com



∞

El demonio de la teoría. Literatura y sentido común, de Antoine Compagnon; Barcelona: Acantilado, 2015; 352 pp.; ISBN: 978-84-16011-46-9.

¿Cuál es el método adecuado para lograr un acercamiento crítico pertinente a la literatura? ¿Es este el propósito que persigue la teoría literaria o, por el contrario, esta disciplina pretende mostrar su autonomía respecto de las necesidades del lector especializado y su objeto de estudio? ¿La teoría literaria es una herramienta crítica para el profesional de la literatura o constituye un fin en sí mismo, regido por leyes internas y objetivas?

El objeto de estudio que Compagnon analiza es la teoría literaria moderna, aquella que examina los discursos sobre literatura, sobre su crítica. El autor señala una diferencia radical entre el inicio de la teoría literaria grecolatina y el cambio de enfoque que se da entre el siglo XIX y el



XX: Platón y Aristóteles buscaban codificar la literatura misma, su acercamiento era normativo, en cambio, el sentido actual de la teoría literaria se centra en la descripción, y codifica los estudios literarios, analiza la investigación. Es un producto de la autorreferencialidad moderna: “La teoría sería por tanto en un principio la *crítica de la crítica*, o la *metacrítica*” (21).

Antoine Compagnon comienza *El demonio de la teoría* contrastando con cierta nostalgia el auge de la teoría literaria hacia 1970 con su institucionalización a fines del siglo XX. Esa corriente mágica se ha convertido en método, en una técnica “a menudo raquítica” e inofensiva, que sin embargo, se ha establecido: no parece que otra disciplina vaya a ocupar su acomodado lugar. Para estudiar la teoría, advierte Compagnon, no se la debe reducir a un método ni a una pedagogía, y mucho menos a una religión; el autor no discute con la teoría literaria para extinguirla, sino para quitarle un poco de ambigüedad a su existencia o, en todo caso, para exponer su oscuridad y comprender que si se quiere operar con ella no hay que minimizar sus contradicciones sino releerlas y repensarlas. Lo que al ensayista francés le interesa de la teoría es la lucha estimulante que establece contra los prejuicios literarios.

El demonio de la teoría se divide en siete capítulos: la literatura, el autor, el mundo, el lector, el estilo, la historia, el valor. Compagnon considera que para estudiar la teoría el mejor medio es lidiar con sus siete enemigos, a los cuales él denomina “bestias negras”. Las cinco primeras bestias suponen relaciones entre la teoría literaria y la opinión corriente, mientras que las últimas dos están vinculadas con las relaciones diacrónicas y sincrónicas de los textos entre sí. En cada capítulo toma una de estas bestias y parte del análisis de posturas antitéticas, expone distintas hipótesis, examina sus presupuestos y ofrece una especie de síntesis, no necesariamente a modo de solución o de unificación, sino como una mirada -que desde un punto relativamente medio- puede tomar conciencia teórica sobre la literatura. Teorizar sobre teorías literarias es un acto ilocutivo -siguiendo a Austin o Searle- en su sentido más performativo: Compagnon hace y deshace hipótesis con sus palabras. Opera sobre los debates que coexisten en el universo de la teoría literaria, revisa posicionamientos teóricos trabajando con sus dos recursos fundamentales: el perfil analítico y el sentido común.

Este libro cuenta con una gran rigurosidad conceptual. En el ámbito profesional de la literatura se tiene especial conciencia de que una de sus unidades mínimas, la palabra, es capaz de alterarlo todo. Leemos entre líneas y con lupa un mismo fragmento una y otra vez. No es lo mismo referirse a la *historia literaria* (de un país) que a la *historia de la literatura* (en un país), no es lo mismo la *valoración de los textos literarios* (la clasificación o jerarquía entre ellos) que *la valoración de la literatura* (el valor que tiene esta en sí). La mirada crítica con la que el lector necesita abordar este libro debe estar tan atenta a los desarrollos de las teorías literarias modernas como a las palabras del autor. La retórica de Compagnon es atrayente pero no hay que dejar de prestar atención a sus precisiones, que en ocasiones caen en la misma oscuridad que él trata de desambiguar, como sucede cuando señala que según Saussure la relación de arbitrariedad se da entre el aspecto fonético y el semántico del signo, entre el significante y el significado. Siguiendo con detalle a Saussure, el significante no es el aspecto fonético sino la imagen acústica, la huella psíquica. Si para referirse a esa forma abstracta acústica, Compagnon usa la expresión “aspecto fonético”, cae en el peligro de acercarse demasiado a la figura vocal, que es parte del aspecto físico, externo a la lengua, y que junto al referente extrasignífico (semántica referencial) forma parte del habla y de la realidad, aquello que precisamente Saussure decide no estudiar por su asistematicidad y complejidad. En definitiva, Compagnon

ofrece un análisis fiable de la teoría literaria, y requiere de un lector tan atento como él, que tenga cuidado de no caer en las generalizaciones sobre las cuales el mismo autor advierte.

Para un lector literario, un aficionado no especializado, la obra de Compagnon materializa cuestiones que tal vez ahondan en su mente y le cuesta plasmar, le ofrece un soporte teórico sumamente amplio que se suma a los juicios subjetivos de la valoración personal. Sin embargo, *El demonio de la teoría* resulta verdaderamente útil para los que investigan la literatura y especialmente las teorías sobre la literatura. Un logro evidente en este libro es la capacidad de proponer posturas intermedias para salir de las lógicas binarias. ¿Cuántas veces nos hallamos en el medio de teorías seductoras y nos sentimos levemente culpables por posicionarnos en un extremo a sabiendas de lo que estamos dejando de lado, o peor aún, negando? Tras plasmar y discutir posiciones antitéticas, el ensayista nos presenta un trabajo al cual referirnos en nuestros estudios cuando optamos por no situarnos en los extremos de las teorías literarias. Ni la literatura habla obligatoriamente del mundo, ni niega la realidad al hablar de sí misma: existe una ponderación por la cual es lícito pensar que si el ser humano accede y estudia el lenguaje, es para expresar también lo que está por fuera del orden del lenguaje. Ni la literatura es creada exclusivamente para que el lector deduzca e incorpore intenciones del autor, ni se puede separar a la obra de su recepción: la experiencia del lector es una mediación entre la obra y su pasado-presente en la historia. Ni el objetivismo ni el subjetivismo son enfoques desde los cuales resulta provechoso posicionarse: “El objetivismo estricto tropieza con la evidencia de la diversidad de los gustos, pero el subjetivismo radical entraña la incapacidad, en caso de desacuerdo, de arbitrar entre los juicios contradictorios (valorar las valoraciones)” (296). Las posturas intermedias que propone Compagnon unen la teoría al sentido común, lo cual, señala, es tomado muchas veces como algo imperdonable. “Con nadie se es más despiadado que con los partidarios del término medio. Contra ellos hasta los extremos se alían, por increíble que parezca” (261).

La editorial Acantilado ilustró la tapa del libro con la pintura *El bibliotecario* (1566) de Giuseppe Arcimboldo. En ella se ve el busto de un hombre formado por libros: su mejilla es un libro, su nariz es otro, su pecho está compuesto por múltiples libros y su cabello es un libro abierto. Se trata de un bibliotecario que es pura materialidad, es un hombre cosificado, se ha vuelto aquello que conoce y protege. No obstante, aquel objeto -o cúmulo de objetos- en que se ha convertido, posee una gran carga de subjetividad, tanto del autor como del lector. La pintura de Arcimboldo resulta útil para representar el peligro de caer bajo la seducción de los arraigos teóricos extremistas. Si tomáramos alguno de los pares polarizados que Compagnon ofrece para darle sustento simbólico, veríamos que el bibliotecario es tanto aquel que se deja devorar por la subjetividad y se convierte en sentimiento literario (un ser-libro), como aquel estudioso objetivista que pretende quitarle toda individualidad al material literario (un objeto-libro).

Compagnon reflexiona sobre los conceptos primarios de la literatura y de las teorías sobre esta, entre los cuales abundan buenas y malas interpretaciones sobre hipótesis explícitas e implícitas. “Compete a la teoría de la literatura poner al día estas asunciones comunes, a fin de que se sepa mejor lo que se hace al aceptarlas” (305). El autor afirma que el objetivo de la teoría es derrotar al sentido común, el cual se resiste extraordinariamente; en efecto, es imposible imaginar a la teoría y a la resistencia por separado. Propone que en verdad la teoría es incapaz de triunfar porque no puede derribar al lector, el objeto-libro no existe en forma aislada de aquel individuo que lo sujeta. Compara la teoría literaria con una ficción, “no hay una diferencia entre un ensayo de teoría literaria y una ficción de Borges o un relato de Henry James” (306). Por consiguiente, no

puede tomarse a la teoría literaria de manera excesivamente seria y aplicarla de ese modo a la literatura; no es falseable ni posee un grado de científicidad comprobable. Si la teoría es ciencia, solamente podría ser ciencia ficción, es decir, literaria. Compagnon afirma: “Yo prefiero leerla como una novela” (307). Sin embargo, declara que de igual manera la teoría debe ser estimada y evaluada según su propio proyecto, la ambición teórica no es inconsistente ni vana, pero sí es conjetural: sus certidumbres deben ser puestas en duda. *El demonio de la teoría* no aspira entonces a mostrar el desengaño del discurso teórico sino que destaca la importancia de recurrir a “la duda teórica, a la vigilancia crítica, lo que no es lo mismo”. No se trata de una desilusión sino de un constante cuestionamiento. “Ni la solución del sentido común ni la de la teoría es buena, o ninguna es buena por sí sola. Puede enfrentárselas pero no se anulan la una a la otra, pues cada una contiene algo de verdad” (310). Aunque no siempre existan teorías intermedias, la puesta en duda de las certidumbres literarias crea un posicionamiento entre ellas. Y cuando no es posible no elegir, es imprescindible estar alerta y dejar atrás la inocencia: la actitud teórico-crítica desplegará qué criterios valoramos más y de cuáles creemos que podemos privarnos. Compagnon no usa al sentido común a modo de recurso para deslegitimar el estudio de la teoría literaria, acude a él para recordar al lector y al profesional que es necesario mantener una lectura crítica.